

**URUSHDAUR,
LA CLAVE SUMERIA**

Ricardo Espín Bueno

*Alzó las grandes joyas que Anu hiciera para su gusto:
“Vosotros, dioses, tan cierto como que este lapislázuli
sobre mi cuello nunca olvidaré
que guardaré memoria de estos días sin olvidarlos nunca.
Vengan los dioses al sacrificio,
pero que Enil no acuda al sacrificio,
porque sin razón trajo el diluvio
y entregó mi pueblo a la destrucción”.*

Fragmento de El poema de Gilgamesh

Lagash, Sumeria año 2482 a. de J. C.

Al palacio de Ur-Nause acudía apresuradamente Ungí, el jefe del ejército de Lagash. A buen paso, recorría los pasillos y escaleras para llegar ante su rey. Nadie le impedía el paso. Todo el que se interponía en su camino, se amagaba haciéndole una reverencia y le dejaba pasar. De lo contrario, los retiraba él mismo con sus propias manos, ya que Ungí era el hombre más poderoso de Lagash después del rey. Lejos de su autoridad, estaban los sacerdotes que tenían poder por sí mismos, muy semejante al del máximo gobernante.

Ungí no era portador de buenas noticias. En las últimas décadas, Lagash era constantemente atacada por los ejércitos de su vecina Umma. Desde tiempos inmemorables los reyes de Umma habían codiciado la ciudad de Lagash. Sin embargo, Ungí no era mensajero de nada que tuviese que ver con conflictos bélicos. Lo que le llevaba al palacio era más delicado si cabe, que las continuas guerras con sus vecinos. El rey le esperaba en la lúgubre sala regía, recostado en su trono a la luz de algunas antorchas

—¡Majestad! ¡Ha desaparecido otra joven! —informó en posición de reverencia con su rodilla hincada en tierra.

—¿Cómo es posible? —gritó irritado—. ¿Cuántas van ya?

—¡Siete, mi señor! —respondió Ungí cabizbajo.

Alrededor del monarca se encontraban varios sacerdotes que observaban al jefe del ejército.

—¿Y vosotros tampoco sabéis nada? —inquirió dirigiéndose a ellos.

Uno de los sacerdotes se acercó al trono.

—¡Hay muchas más!—exclamó temeroso.

—¿Más? —se extrañó—. Explícate.

El sacerdote se dispuso a hablar. Su aspecto era muy similar a los otros sacerdotes que se encontraban en la sala de audiencias: túnica blanca, cabeza afeitada y un gran medallón colgado del cuello. Este último detalle era lo único que le diferenciaba de los demás sacerdotes.

—Algunos habitantes de Lagash, no ven con muy buenos ojos que haya accedido al trono un sacerdote. Creen que esas jóvenes que desaparecen, están aquí en el palacio y que son sacrificadas por no sé qué extraño ritual...

—¿Cómo pueden pensar así de su rey? Los sacrificios humanos ya no se practican.

—También cuentan otros súbditos de Ur-Nause— continuó el sacerdote—, que en Lagash existe un templo subterráneo y que un descendiente de Utnapishtim, tan viejo como los cielos y la tierra, practica el urushdaur.

—¡Eso es imposible! —gritó algo colérico el rey.

Ungí seguía con su rodilla clavada en el suelo y sin perder detalle de lo que contaba el sacerdote. El rey se le acercó y le tocó en el hombro como en gesto de aprobación de que podía incorporarse y observó en su cara la curiosidad.

—No sabes qué es el urshdaur, ¿verdad?

Ungí hizo gesto de negación con la cabeza. Ur-Nause abrió sus brazos invitando al sacerdote a que explicara el ritual del urshdaur. Éste se dispuso a aclararle las dudas. El rey volvió a tomar asiento en su trono y acariciándose su larga barba marrón, meditaba sobre cómo debía actuar para complacer a todos sus súbditos.

—El urushdaur es un ritual que se practicaba antes de la Gran Inundación—comenzó el sacerdote—. Este ritual consiste en traspasar el espíritu de un cuerpo enfermo o viejo, a otro cuyo espíritu se manda al inframundo. Esto se hacía por la creencia de la inmortalidad... Para llevar a cabo el traspaso del espíritu se deben hacer dos sacrificios humanos y otros muchos a los dioses. El período es muy largo y al final, cuando el traspaso está consumado al cuerpo “no portador de alma”, se le entierra anónimamente en secreto.

A Ungí, que nunca había oído hablar de ese ritual, le intrigaba que alguien pudiera estar realizándolo en la ciudad de Lagash. Los enemigos de Ur-Nause podrían emplear esas artes, para usurpar el cuerpo de alguien de confianza del rey y así mandar espías para averiguar los movimientos de sus tropas y por fin después de siglos de guerras, poder someter de una vez a Lagash.

El rey estaba convencido de que el motivo del ritual del urushdaur, era precisamente para que los soldados del ejército de Umma, pudiesen mezclarse con los de Lagash y así ganar una batalla intramuros. Aunque Ur-Nause era algo escéptico a creer que verdaderamente un espíritu pudiese cambiar de cuerpo. No obstante y para evitar revueltas internas, mandó a sus espías a investigar sobre esos supuestos rituales y a intentar descubrir a quien o quienes los practicaban.

En las calles de Lagash la desconfianza iba en aumento. Algunos súbditos reprochaban al rey, que no dedicaba demasiado tiempo en que la ciudad prosperase y que dedicaba toda su atención a su ejército y a los sacerdotes del templo. Sin embargo, eso no era del todo cierto. Entre los habitantes de la ciudad-estado, había un buen número de disidentes que pensaban que Ur-Nause no era digno de ser el legítimo rey, por ser el primer sacerdote que por linaje fue príncipe y más tarde el dirigente de Lagash. Desde que él había accedido al trono, le achacaban haber otorgado de-

masiado poder a los sacerdotes en detrimento del poder civil. No obstante Ur-Nause ansiaba ser un buen gobernante y lo demostraba conteniendo los constantes ataques del ejército de Umma.

Los soldados hicieron varios registros en las viviendas de los habitantes de la ciudad. Su misión era crucial; descubrir a los autores de las desapariciones de jóvenes, para que el rey recuperase la confianza de sus súbditos.

Después de que los espías de Ur-Nause, sus soldados y sus sacerdotes se dedicasen a investigar qué había de cierto en lo de los sacrificios y rituales, siguieron desapareciendo jóvenes. Y precisamente ese fue el motivo por el que los espías descubrieron que a la última de las jóvenes desaparecidas, unos hombres con túnica marrón y cabezas tatuadas con extraños signos, la habían metido a la fuerza en una casa de las afueras de Lagash.

El rey, en cuanto tuvo conocimiento, ordenó a Ungí que preparase a sus hombres. Ur-Nause en persona dirigiría la operación de rescate de la joven y la captura de los supuestos sacerdotes que practicaban el urshadur.

Los soldados armados como para un combate contra el ejército de Umma, rodearon la casa donde supuestamente se realizaban los sacrificios. Aparentemente por fuera no daba la sensación de que dentro estuviese ocurriendo algo fuera de lo normal. Ur-Nause dudó un instante si debía de dar la orden de entrar a Ungí o por el contrario esperar. Pero el caso era que la vida de la última joven desaparecida estaba en peligro. El rey por fin dio la orden.

Los soldados de Ungí entraron en la casa sin encontrar resistencia ni descubrir dentro nada que hiciera sospechar que allí se realizara nada mágico o sobrenatural. Ungí decepcionado salió al exterior de la casa para informar al rey de su error. Sin embargo una vez fuera de la casa llegó a sus oídos un rumor como de un cántico o como si alguien estuviese recitando. Exigió silencio y es-

cuadró todo el exterior de la casa. En la parte trasera encontró una pequeña puerta que pretendían ocultar. Ungí la abrió y contempló un angosto pasadizo con escalones labrados en la piedra, que descendía serpenteante. En las paredes había algunas pequeñas antorchas, que iluminaban levemente las rojizas paredes. Ungí informó al rey.

—¡Mi señor! En la parte trasera hay una entrada secreta.

—¡Adelante! ¿A qué esperas para traerme a esos falsos sacerdotes? —repuso irritado el rey.

Ungí reflexionó antes de responder a su rey.

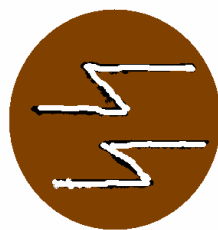
—Mi señor, el acceso es estrecho y no puede entrar más de una persona. Si al final del pasadizo hay una estancia, ésta se puede defender con pocos hombres.

Ur-Nause recapacitó sobre la información de Ungí. Era verdad que las angostas escaleras, por su estructura, se podían defender con pocas fuerzas. Era casi imposible que un soldado con lanza o arco, pudiese hacer nada en un espacio tan reducido y por otra parte, desconocían cuántos hombres armados podrían estar al acecho. Ungí se decidió a mandar a su mejor guerrero.

El guerrero empezó a descender con su espada en la mano. La estrecha escalera de caracol se le hacía interminable. No existía ningún rellano, por lo que el guerrero casi pierde la cabeza con tanta vuelta. Como era de esperar, cuando llegó al final, alguien le estaba esperando; un sacerdote con su cabeza tatuada y una suerte de lanza corta con la que atravesó el cuerpo del guerrero. Ungí pudo escuchar sus gritos agonizantes desde la parte superior. Abajo la roca excavada se convertía en una estancia más grande iluminada por la cimbreada luz de las antorchas. El sacerdote de la lanza ayudado por otros, agarró el cuerpo del soldado muerto y lo arrojó a un agujero donde cayó entre cadáveres casi descompuestos y otros a los que sólo les quedaba el esqueleto.

Al lado del agujero, había una puerta de madera que por su grosor y tamaño, la tenían que haber elaborado allí mismo, porque por su envergadura sería imposible que la hubiesen bajado por la angosta escalera. Detrás de la puerta, la gruta excavada era de grandes dimensiones. Dentro había varios sacerdotes, todos con la misma túnica marrón y los mismos dibujos tatuados en sus cabezas afeitadas. Los sacerdotes se encontraban en el nivel más bajo de un zigurats (plataforma en forma de pirámide formada por terrazas escalonadas y paredes ligeramente inclinadas, desde donde los sumerios observaban los astros o realizaban sus sacrificios). En la parte superior se encontraba un sacerdote con la cara y las manos repletas de arrugas. Iba vestido con una túnica de color blanco, un medallón colgado de su cuello y un cuchillo entre sus manos. Se encontraba al lado del altar, donde una joven desnuda estaba dispuesta para el sacrificio.

La joven se encontraba inmóvil. Posiblemente aturdida por algún tipo de brebaje que preparaban los sacerdotes, para que sus víctimas no se resistiesen durante los sacrificios. El medallón que llevaba colgado era redondo, de color tierra y con un símbolo de cuatro rayas, paralelas dos a dos y unidas formando dos rayos horizontales.



Los eslabones eran de oro y representaban a dos serpientes con un cuerno en su cabeza y enlazadas entre sí, en forma de ocho, con la cola de una en la boca de la otra. El sacerdote de la túnica blanca recitaba algún conjuro o hechizo. Los otros susurraban algún rezo que se convertía en un débil cántico.

Ungí algo aturdido por la pérdida de su mejor guerrero, mandó a otros dos soldados con el mismo resultado. El rey, lleno de ira, ordenó a Ungí que bajase en persona por la angosta escalera y que pusiese fin a tanta muerte innecesaria. El jefe del ejército obedeció. Acompañado de varios de sus soldados, descendió lentamente y se dispuso a morir o a matar.

Ungí apagó las antorchas a su paso dejando la escalera en la más absoluta oscuridad. Poco antes de llegar al final, observó como la cimbreada luz de la sala a la que conducía la escalera, dejaba ver una sombra de un hombre con una lanza en sus manos y tras él otros también armados. Ungí se detuvo para meditar. Susurró algo a sus soldados y con la espada en la mano se lanzó hacia la luz. El sacerdote que llevaba la lanza falló al intentar ensartarle. Sus soldados aprovecharon la ocasión para acceder a la estancia. Una pequeña batalla se desencadenó en el interior de la sala excavada en roca viva.

Los sacerdotes no fueron mucha oposición para los soldados de Ungí. En poco tiempo, el suelo de la gruta estaba teñido con la sangre de los sacerdotes y diez cuerpos sin vida les impedían el paso para acceder a la gruesa puerta de madera que separaba la gruta en dos partes. Un soldado observó el oscuro agujero que se encontraba al lado de la puerta. Ungí acercó una antorcha y contempló asombrado el cuerpo inerte de su soldado encima de decenas de cadáveres. El hedor era intenso. Dedujo que posiblemente esos cuerpos, eran de las víctimas de los sacrificios de los sacerdotes de cabeza tatuada.

Ungí mandó que sacaran el cadáver del soldado y una vez fuera del agujero, que arrojasen en él los cuerpos de los sacerdotes.

Pero aún les quedaba algo más difícil; derribar la gruesa puerta de madera. Los soldados intentaron derribarla a golpes de espada, pero sólo consiguieron astillarla levemente. Ungí mandó a

un soldado al exterior para informar al rey de cómo transcurrían los acontecimientos y para que bajase a la gruta un martillo.

Ur-Nause se sintió satisfecho en el momento en que el soldado le informó. Él en persona quiso intervenir en la captura de los sacerdotes que quedaban en el interior de la gruta. Descendió por la escalera hasta donde la gruta se ensanchaba. El soldado encargado de llevar la herramienta para derribar la puerta, bajó con él. El rey se asombró del laborioso trabajo realizado por los sacerdotes para excavar y casi esculpir la roca. Ur-Nause imaginó que les habría llevado años hacer la cueva. Cuando llegó al final de la escalera, se le revolvieron las tripas por el intenso olor a carne descompuesta.

El rey escuchó al sacerdote que detrás de la puerta recitaba el conjuro. Éste advertido por los ruidos que hacían los soldados al intentar acceder al interior, hizo un gesto con su cabeza sin dejar de recitar. Varios sacerdotes armados con espadas se aproximaron a la puerta, que estaba atrancada por un grueso madero que pasaba de lado a lado, por dos grandes argollas clavadas en la roca.

Lentamente la madera iba despedazándose. Los sacerdotes esperaban detrás a que los soldados intentasen pasar. El sacerdote de la túnica blanca seguía impasible sin interrumpir lo más mínimo su ritual. De soslayo observaba la resistencia de la gruesa puerta y la espera de sus fanáticos acólitos.

La puerta cedió y los sacerdotes se pusieron delante con la intención de aguantar unos pocos segundos, a que el sacerdote que se encontraba en la parte más alta del zigurats—en el altar—finalizase con el ritual. Ungí y sus soldados se lanzaron sobre ellos. Esta vez la pelea fue más reñida. Dentro de la caverna había más de veinte sacerdotes. Resultaron un buen número de bajas en ambas partes. Sin embargo, el ejército de Ungí era más numeroso. Del exterior acudieron muchos soldados en su ayuda. Al cabo de unos minutos, tan solo quedaba el sacerdote de la túnica blanca

con el cuchillo en alto, dispuesto a concluir con su ritual. Ungí intentó impedirselo. Pero cuando llegó a la parte alta del zigurats, el sacerdote ya había hundido su cuchillo en el pecho desnudo de la joven. Ungí golpeó al sacerdote derribándole de la parte superior. Cuando miró a la joven, se percató de que ya estaba muerta y que su sangre corría por unos minúsculos canales que rodeaban el altar y dibujaba un círculo con el mismo símbolo que llevaba el medallón del sacerdote.

Ungí fuera de sí se lanzó sobre él dispuesto a matarle. Ur-Nause se lo impidió.

—¡Déjale, no le mates! —gritó—. Lo someteremos a un juicio público.

Ungí, que tenía su espada en el cuello del sacerdote, estuvo a punto de desobedecer al rey y darle muerte allí mismo. Al sacerdote no parecía importarle su captura. Esbozó una sonrisa, que Ungí borró de su rostro golpeándole con la empuñadura de su espada.

El rey se horrorizó cuando contempló el agujero donde decenas de cuerpos de jóvenes vírgenes, yacían allí olvidados. Ordenó a los soldados que sacasen los cadáveres y que los entregasen a las familias que los reclamaban.

El sacerdote apresado se llamaba Eniham. Aseguraba que era descendiente de Utnapishtim, el único que había sobrevivido a la Gran inundación, al que el mismísimo Anu, rey de los dioses, Dios del Paraíso y la Tierra, entregó un medallón que le arrebató a la diosa Tiamat, diosa del Mar, cuando la derrotó y con su cuerpo creó el Universo.

Eniham era un fanático que creía fervientemente que el medallón que llevaba colgado de su cuello, era un talismán que otorgaba un poder sobrenatural y la inmortalidad al portador y a

sus seguidores. Intentó convencer a sus carceleros y hasta al rey de que le dejaran libre para seguir con el ritual que culminaba con el sacrificio de doce vírgenes; una por cada eslabón. Por supuesto nadie le creyó. A Eniham le sometieron a un juicio público. Éste se mostró impasible durante el proceso. Los asistentes que habían perdido un hijo o una hija, pidieron la muerte por lapidación. Sin embargo, Ur-Nause esa vez no concedió a los afectados la Ley de Talión. A Eniham le condenó a ser enterrado vivo junto con su medallón, en la gruta donde había practicado los sacrificios y encima Ur-Nause construiría un Templo dedicado a Ningirsu, Dios protector de Lagash, Dios guerrero y eliminador de demonios. Los habitantes de Lagash se dieron por satisfechos con la condena.

A Eniham lo condujeron a la gruta. Antes de que lo metieran y cegaran la entrada, hizo una profecía:

—A mí podréis enterrarme vivo. Pero con eso no alteraréis el poder del medallón. Escrito está en mi descendencia.

Ungí mandó sellar la entrada. Inmediatamente después, los constructores empezaron a construir el Templo de Ningirsu. El rey hizo que escribieran en las paredes del templo, la razón por la que era construido en ese lugar y que mientras estuviera en pie el Dios Ningirsu, protegería a la población de Lagash de los demonios.

Ur-Nause ordenó matar a toda persona que tuviera parentesco de sangre con Eniham, para evitar que nadie siguiera con sus prácticas. Pero nadie se percató de que el día que enterraron vivo a Eniham, dos personas abandonaron Lagash. Eran un sacerdote con la cabeza tatuada que la ocultaba bajo una capucha y una niña de unos ocho años que portaba unas esferas de piedra, y bajo su túnica, en su espalda, un tatuaje donde estaba escrito todo el proceso del ritual.

Umma, Sumeria año 2330 a. de J. C.

El rey de Umma, Lugalzagesi, se encontraba irritado. Sus constantes ataques a la ciudad de Lagash, siempre acababan en derrota. Después de años de guerras, Lagash seguía siendo independiente y sus murallas eran inexpugnables para el ejército de Umma. Los soldados y habitantes de Umma creían en una vieja profecía o maleficio que había corrido de voz en voz durante los últimos años. Esa profecía decía que Lagash sería invencible mientras el Templo del Dios Ningirsu estuviera en pie.

El templo era el principal objetivo de los ejércitos de Umma. Sin embargo había un inconveniente; para llegar al templo primero tenían que atravesar las murallas y eso no era tarea fácil, sus soldados lo impedían una y otra vez.

Lugalzagesi se encontraba obcecado. Desde que había accedido al trono de Umma, sólo un pensamiento estaba fijo en su cabeza: conquistar Lagash como fuese. Lo había intentado poniendo sitio a la ciudad, introduciendo espías, haciendo sacrificios a la diosa Shara, pero el ejército de Lagash siempre salía victorioso de esos enfrentamientos.

Los habitantes de Lagash pensaban que sus victorias se las debían al Dios guerrero Ningirsu. Su templo ya hacía más de un siglo que lo había construido Ur-Nause. En sus paredes ya no quedaban restos del mensaje del rey que lo mandó construir. Después de su muerte le sucedió el rey Akur Gal, que siguió siendo devoto del Dios Ningirsu. Igual que los reyes siguientes, Eanna-

tum, Entemena, Eannatum II o el que gobernaba en ese año la ciudad, el rey Urukangina. Éste no tenía relación familiar con los anteriores gobernantes. Sin embargo, aprovechándose de la devoción que profesaban los habitantes de Lagash al Dios protector de la ciudad, se erigió él mismo rey, mediante un edicto otorgado supuestamente por el mismo Dios Ningirsu. Pese a esto no era mal gobernante... Realizó una reforma económico-social importante: redujo los impuestos, condonó las deudas, puso freno a los abusos de los sacerdotes y restableció los derechos de los ciudadanos libres, dañados en los últimos tiempos por la servidumbre a la que estaban sometidos por los funcionarios del Templo.

Estas reformas no complacían a todos los habitantes de Lagash. Sobre todo a los que se aprovechaban de su posición como los sacerdotes y funcionarios de palacio. Estos estaban acostumbrados a prosperar a costa de la servidumbre y los esclavos. Pero Urukangina por su linaje de vasallo y por haber usurpado el trono, complacía a las clases más bajas. Ese fue quizá el motivo para que algunos súbditos descontentos, dejasen vía libre al ejército de Umma al mando del rey Lugalzagesi, que entró en Lagash con su ejército como si fueran caballos desbocados. Mataron y destruyeron casi todo.

Lugalzagesi, después de destronar a Urukangina y arrasar Lagash, mandó a sus hordas derribar el Templo del Dios Ningirsu, protector de la ciudad. Una vez derribado, el nuevo rey ordenó que esparcieran al aire, el polvo de las paredes para evitar que con sus piedras y ladrillos, los habitantes construyeran otro templo.

El rey Lugalzagesi había conseguido su primera conquista. Después de siglos de guerras y donde sus predecesores habían fracasado, él había roto el maleficio que comentaban los habitantes de Umma. Él tenía un sueño; unificar todos los territorios Sumerios. Pero no se conformó con someter a Lagash. Siguió con su ambición expansionista conquistando las ciudades de Ur, Larsa,

Nippur y finalmente Uruk, autoproclamándose Rey de Ur y de Sumer. Continúo con sus campañas en pos de un Imperio Universal, tomando más ciudades y más títulos. Esto hizo que muchas personas huyeran o que otras regresasen a sus lugares de origen.

A la sometida Lagash, llegaron unos sacerdotes y una sacerdotisa procedentes de Umma. Llevaban la cabeza tonsurada y tatuada y vestían túnica marrón, excepto la sacerdotisa que vestía túnica blanca. En su cuello descubierto, se dejaba ver parte de un tatuaje que se extendía a lo largo de toda la espalda. Ella se detuvo frente a las ruinas del antiguo templo de Ningirsu e indicó con un ademán algo a sus acompañantes. Los sacerdotes, en silencio, se pusieron a excavar entre las ruinas.

Después de la derrota de Lagash a nadie le llamó la atención que unos sacerdotes escarbaran en las ruinas del Templo. En la memoria de los habitantes, hacía tiempo que había desaparecido el recuerdo del sacerdote Eniham y de sus sacrificios. Como era habitual siempre después de una conquista, se destruían los templos y se levantaban otros a diferentes dioses. Cada ciudad-estado tenía sus propios dioses e imponían su devoción a los pueblos sometidos. Por eso no era de extrañar, que unos sacerdotes con la cabeza tatuada empezaran a construir un pequeño templo en el mismo lugar en el que antes se encontraba el Templo del Dios Ningirsu.

Al cabo de un tiempo, las paredes de ladrillo de barro estaban terminadas y en el exterior del pequeño templo, construyeron un zigurats. Sin embargo, el templo construido no estaba dedicado a la diosa Shara (protectora de Umma), todo estaba dedicado a la diosa Ereshkigal (diosa del mundo subterráneo, la oscuridad y la muerte). La sacerdotisa principal del templo era Ku-Bau. Ella llevaba colgado de su cuello, el medallón que años atrás llevaba el sumo sacerdote Eniham. Su cadáver momificado fue encontrado

en la gruta bajo las ruinas del antiguo templo. La sacerdotisa tomó posesión del talismán e inició de nuevo los sacrificios.

Al cabo de unos años de continuas guerras, largas sequías y aparición de nuevos dioses, surgió un nuevo rey, Sargón, hijo de la sacerdotisa Ittibel y de padre desconocido. Éste igual que hiciera el rey de Lagash, Urukangina, justificó su derecho divino argumentando que fue nombrado por Ishtar (diosa del amor y la guerra). Sargón se reveló contra el rey de Acad y fundó la dinastía Acadia. Conquistó los territorios de Lugalzagesy, a quien capturó y expuso en una jaula frente al templo del Dios Enil, en la ciudad sumeria de Ninpur. Esta conquista le permitió crear un vasto imperio que iba desde el Golfo Pérsico en el sur, hasta el río Tauro en el norte, y desde el Mediterráneo en el oeste, hasta Asiría y Elam en el este. Sumer era cada vez más grande.

El rey Sargón I después de vencer a todos sus enemigos y conquistar sus tierras, se proclamó rey de las cuatro regiones, equivalente a rey del Universo. Como antes harían sus predecesores, Sargón I también quiso dejar constancia de su reinado. Impuso su poder mediante un ejército constituido por más de 5.000 soldados profesionales, perfectamente equipados y entrenados. Obligó a los sumerios a pagar tributo e impuso el idioma acadio. Los sumerios siguieron empleando su lengua únicamente en los actos sagrados y en los rituales.

Sargón era de origen semita y nombró a su familia para cargos estratégicos. Sus hijos fueron nombrados autoridades locales y su hija Enkheduanna, sacerdotisa del Dios de la luna de Ur. Fue precisamente Enkheduanna la que no vio con buenos ojos el Templo de la diosa Ereshkigal. Se interesó por las historias y profecías que contaban los devotos sobre un extraño talismán entregado por Anu, el rey de dioses, a un superviviente de la Gran Inundación y que otorgaba un ilimitado poder y la inmortalidad a quien lo poseyera después de practicar ciertos rituales. La hija del

rey creyó que ese templo y las promesas de sus sacerdotes y sacerdotisas, atraerían más a los fieles y con ellos sus ofrendas. Enkhe-duanna quiso poner fin a la competencia. Exigió a su padre que ordenara derribar el templo y que se deshiciera del medallón y de sus seguidores, que eran responsables de secuestros de vírgenes, muertes, enfermedades y malos augurios.

El rey después de que sus espías le confirmasen que en la ciudad desaparecían jóvenes y que en el Templo se practicaban sangrientos rituales, envió a sus soldados a detener a los devotos de la diosa Ereshkigal. A los sacerdotes les cogió de improviso el ataque al templo. Estos se defendieron con uñas y dientes para evitar que los agresores accedieran al altar. Pero sus esfuerzos fueron en vano. Los soldados fuertemente armados, mataban a todo el que se interponía en su camino. Al llegar al altar observaron estupefactos como en cuatro altares de reducido tamaño había cuatro cuerpos. Dos de jóvenes y dos de viejos enfermos. Los cuerpos presentaban evidentes signos de salvajes torturas en sus carnes. Todos se encontraban como en un extraño estado de letargo. Los soldados sin proponérselo, habían interrumpido el rito del urushdaur. Nada pudieron hacer por salvar a ninguna de las cuatro personas que estaban sometidas, a saber a qué clase de macabros rituales.

La sacerdotisa llena de ira, acosada y sin escapatoria posible, quiso dar un ejemplar escarmiento. Mandó a uno de los sacerdotes con un mensaje para sus fanáticos seguidores. Éste pudo burlar el cerco de los soldados y lanzar a los cuatro vientos las maldiciones de la sacerdotisa. Cuando los seguidores de Ereshkigal tuvieron conocimiento de semejante ofensa, no dudaron en castigar a los responsables del ataque. Los seguidores del templo arremetieron contra los habitantes de la ciudad como bestias salvajes. Los soldados tuvieron que emplearse a fondo para detener la revuelta. Los fanáticos quemaron casas, mataron a recién nacidos y come-

tieron toda clase de atrocidades. Los enfrentamientos duraron varios días. Ni Sargón ni su hija, podían imaginar que el templo tuviese tantos seguidores. A los principales cabecillas de la revuelta les condujeron a la ciudad de Ur, junto con el medallón que llevaba la sacerdotisa colgado de su cuello. A ella le tuvieron que cortar las manos para poderle arrebatarse el talismán.

Fuera de las murallas de Ur, enterraron vivos a los seguidores de la diosa Ershkigal y creyentes del poder del medallón. Los enterraron en una cripta digna de un rey con tablillas de arcilla donde escribieron historias confusas para evitar que los profanadores de tumbas o que si las generaciones venideras encontraban la tumba y las tablillas, no conocieran la verdadera historia.

El rey convencido por su hija del maligno poder del talismán, mandó que lo destruyeran en el fuego. Pero sorprendentemente después de apagarse la enorme hoguera donde lo habían echado, el medallón y los doce eslabones estaban intactos. El rey y su hija después de varios intentos de destrucción, creyeron que era indestructible y que su poder se lo otorgaba el conjunto de las trece partes del talismán.

Después de que Enkheduanna lo consultase con los dioses, le comunicó a su padre lo que ellos le habían revelado. Debían separar los eslabones del medallón y mantenerlos lo más lejos posible, para que no se volviesen a unir; así se perdería todo el poder.

Sargón separó los doce eslabones y los introdujo en doce cofres de piedra. Reunió en secreto a doce de sus mejores soldados en las afueras de la ciudad, para encomendarles una misión. En el polvoriento suelo, la sacerdotisa había pintado un círculo y doce radios, como las doce horas del reloj. Junto a ella se encontraban doce sacerdotes. El rey ordenó a sus soldados que cada uno de ellos acompañado por un sacerdote, tomara una dirección diferente como marcaban los radios del círculo. Su cometido era caminar hasta el final de sus vidas y enterrar los cofres que contenían

an los el eslabones, en las entrañas de la tierra. Los soldados y los sacerdotes, jamás regresarían para evitar que los seguidores de la diosa Ershkigal pudiesen averiguar mediante tortura, donde estaban enterrados los eslabones. La sacerdotisa le dio a cada sacerdote una tablilla de arcilla con una advertencia del rey y una oración al Dios Ningirsu, para que impidiese que los eslabones pudieran salir de nuevo a la luz.

Los soldados y sacerdotes iniciaron la marcha en doce direcciones diferentes. El medallón le fue entregado a Enkheduan-na, para que lo custodiase en el templo y así al estar en lugar sagrado, el poder que pudiera tener por sí mismo, estaría mitigado. Sin embargo ni el rey ni su hija contaron con que no habían matado a todos los seguidores de la diosa Ereshkigal. Aunque habían destruido su templo y matado a muchos sacerdotes y a su sacerdotisa, aún quedaban algunos con su cabeza tatuada. Estos profanaron el templo del Dios de la luna de Ur y robaron el medallón. A partir de ese instante lo custodiarían y dedicarían sus vidas y las de sus descendientes, a encontrar los doce eslabones, juntar de nuevo todas las piezas y elegir a un sumo sacerdote para que les guiase en el camino y recuperar el poder del talismán.

Rasnov, Rumania. Primavera del 2005.

Los integrantes del equipo arqueológico del Valle de Prahova, se hallaban de celebraciones en una pequeña taberna de la ciudad campesina de Rasnov. El aguardiente de ciruela, el tuica, no paraba de circular por la barra. El grupo de arqueólogos tenía dos motivos para la celebración. El primero, que no dejaba de llover y por lo tanto tuvieron que detener las excavaciones y el segundo, que su tedioso trabajo, empezaba a dar resultados. Habían encontrado una tablilla de arcilla con grabados de escritura cuneiforme en muy buen estado y el casco de un guerrero. Al parecer, aunque quedaba confirmarlo, se podía tratar de objetos sumerios. De ser ciertas las hipótesis, éste sería un hallazgo de los más importantes del siglo XXI, ya que no se conocían datos, de que los sumerios hubiesen llegado a Rumania. No obstante, aún quedaba un meticuloso trabajo de comprobación y análisis de las reliquias, para determinar en qué tiempo fueron enterradas en el valle. Para el equipo había algo bastante revelador: la tablilla de arcilla no había sido sepultada de casualidad, ni por algún fenómeno fuera de lo normal, sino que había sido enterrada en ese lugar a conciencia. Eso les hacía albergar esperanzas de que posiblemente, se encontraban ante un yacimiento de más de cuatro mil años de antigüedad.

El peculiar equipo estaba dirigido por el arqueólogo jefe Owen Lizana. Un español de treinta y cuatro años, muy meticuloso en su trabajo y algo ambicioso. Su aspecto no era el del típico universitario triunfador. De algo más de uno ochenta de estatura, de complexión atlética y moreno de ojos azules. En su lóbulo izquierdo llevaba un diminuto pendiente y lucía una descuidada barba de varios días que le daba un aspecto algo bohemio. Anteriormente había trabajado en un par de yacimientos arqueológicos de Egipto, contratado eventualmente por una universidad y un museo. Pero todo cambió, cuando de pronto apareció un hombre francés, monsieur Pastré, que le propuso hacerse cargo de unas excavaciones en Rumania. Para Owen era un sueño, así que aceptó sin pensárselo.

Monsieur Pastré representaba a una organización internacional llamada FSAC (Foundation of Studies of Ancient Civilizations). Era un hombre de baja estatura, que iba muy elegantemente vestido. Con sombrero y gafas oscuras. Siempre iba acompañado por otro hombre, Klaus, que nunca hablaba. Tenía todo el aspecto de un matón; de uno noventa de estatura, pelo cortado a cepillo, rasgos muy marcados y cara de pocos amigos.

Owen sólo tenía contacto con la organización que le había contratado, a través de monsieur Pastré. Él siempre había deseado llevar a cabo unas grandes excavaciones y como todos los arqueólogos, soñaba con realizar un buen hallazgo. Se encontraba en Egipto cuando monsieur Pastré contactó con él. No tardó mucho en convencerle de que se hiciera cargo de la dirección de las excavaciones del Valle de Prahova. Según Pastré la FSAC había realizado estudios in situ y había consultado mucha información sobre el Valle. Esos estudios, revelaban que había muchas posibilidades de que allí existió una civilización de la que se tenían pocos datos. Si se lograba conseguir alguna prueba de la existencia de esa civilización, sería un éxito para Owen y su equipo.

Owen dejó su eventual trabajo en Egipto y después de preparar su escaso equipaje, viajó a Rumania. En Bucarest le esperaban monsieur Pastré y su inseparable Klaus. Allí le presentaron al resto de su equipo: Annette una mujer francesa de más de cuarenta años y un cuerpo espectacular, Yves, de nacionalidad francesa y el único integrante del antiguo equipo, dos estudiantes rumanos, Dazhu y Andrei que parecían dos hermanos gemelos por su similitud, un pakistaní de tez morena y larga barba, llamado Dugobay y otro ciudadano español al que le llamaban “El Capitán”, porque anteriormente perteneció al ejército español. Poco después de las presentaciones, se trasladaron al valle de Prahova donde les esperaba el yacimiento y el trabajo.

Yves, como antiguo integrante del anterior equipo, les puso en antecedentes. Las excavaciones estaban en la falda de una montaña de los Cárpatos donde supuestamente vivió la antigua civilización de la que buscaban algún indicio. Según los estudios realizados por la fundación los antiguos moradores de los Cárpatos, vivían en cuevas. Por ese motivo, revisaban minuciosamente toda cueva y agujero que hubiese en las proximidades del yacimiento. Owen inmediatamente se hizo cargo de la dirección. La FSAC no escatimó en gastos y se comprometió a recompensar a cada miembro del equipo con doce mil dólares, si hallaban algo valioso. Monsieur Pastré les facilitó todo tipo de medios: dos teléfonos vía satélite, grupos electrógenos, herramientas, tiendas de campaña equipadas con todas las comodidades, duchas portátiles, placas solares, ordenadores, microscopios, scanner...

Owen, en poco más de un año que llevaba al mando de las excavaciones, había conectado muy bien con todos los integrantes de su equipo. Aunque Yves estaba algo resentido con su jefe. Él, se equivocó al pensar que la Fundación le daría la dirección de las excavaciones, ya que era el único que permanecía del antiguo equipo. Sin embargo esto no ocurrió. Yves, el más reservado del gru-

po, era la única persona de la que no se sabía muy bien su misión. No se le conocía especialidad ninguna. Su trabajo se limitaba a ir de aquí para allá, escarbar, limpiar piedras con sus pinceles y mantener siempre a punto el material y las herramientas. A todos los demás integrantes del equipo, la FSAC los había escogido por destacar cada uno en algo relacionado con su trabajo. Owen era arqueólogo y experto en egiptología. Había estudiado su carrera en España y la especialidad en el The Griffith Institute de la Universidad de Oxford. Annette era una mujer con un cuerpo escultural. Alguno de sus compañeros la acusaba de haber conseguido su puesto en el equipo, utilizando sus encantos. Pero la verdad era que no le hacía falta llegar a esos extremos. Era antropóloga y paleontóloga y su trayectoria la avalaba., Dugobay era experto en criptografía, en escritura cuneiforme y lenguas antiguas y además dominaba varios idiomas, entre ellos el rumano. Había cometido la torpeza de irse de la lengua con un equipo de reporteros que estaban realizando un documental sobre los Cárpatos y había permitido que fotografiasen la tablilla de arcilla por unos dólares. Ni por asomo imaginaba lo que provocaría ese descuido. Dazhu y Andrei eran los más jóvenes; apenas habían cumplido los treinta años. Los dos eran expertos en religiones antiguas. Owen mantenía con ellos charlas interminables sobre la Biblia. Y por último, el capitán, que era el de más edad del grupo —debía rodar los cincuenta—, y una especie de aventurero. Erudito en todo lo relacionado con antiguas guerras: armas, uniformes, emblemas, fechas,...Había ejercido de profesor de historia, instructor del ejército español y mercenario en la antigua Yugoslavia.

Owen con Annette, era con quien mejor había conectado. Con ella le unía una curiosa dependencia afectiva. Ellos se complacían sexualmente, pero no les unía una relación amorosa. Sobre todo, porque Owen padecía las secuelas de una antigua relación a la que antepuso su trabajo y que para no olvidarla, llevaba un ani-

llo de plata en su dedo anular derecho, con el nombre de Gisela grabado. Cuando le propusieron hacerse cargo de las excavaciones de Rumania dejó, su antigua vida para dedicarse de lleno a cumplir sus sueños.

En ese corto plazo de tiempo, las excavaciones habían prosperado. Aunque el equipo de hombres y mujeres era más bien escaso, se habían compenetrado bien y el trabajo había avanzado. Muestra de ello era su último hallazgo. Cerca de la entrada a una cueva, habían encontrado en la pared de roca una tablilla de arcilla con escritura cuneiforme, posiblemente sumeria, y en el interior de la cueva se había encontrado un casco que pudo pertenecer a algún guerrero sumerio. Este descubrimiento alejaba las hipótesis de la Fundación, de que en el Valle de Prahova en la falda de los Cárpatos pudo habitar una civilización desconocida.

Cuando Owen se hizo cargo de las excavaciones, éstas se limitaban a un montón de tierra revuelta en la falda de la montaña y unas cuantas piedras retiradas de la entrada de una cueva. Según la información que le había pasado la FSAC, en ese lugar se hallaron restos de utensilios y huesos de los antiguos moradores de esas tierras. Después de analizar el terreno dudaba de la veracidad de la información. Sin embargo, sus enormes deseos de conseguir un buen hallazgo era lo primero para él. Eso hizo que el equipo de arqueólogos siguiendo sus órdenes, dejara las antiguas excavaciones e iniciaran otras en la pared del interior de la cueva. Los presentimientos de Owen fueron acertados. Cerca de la entrada, en un hueco tallado en la roca, se encontró la tablilla y en el interior de la cueva se halló el casco.

Inmediatamente comunicaron el hallazgo a la FSAC. Todo el equipo revisó minuciosamente las proximidades de donde se habían encontrado la tabilla y el casco. Hicieron decenas de fotografías a las piezas. Dugobay como experto en lenguaje criptográfico, jeroglíficos y escritura cuneiforme, se aventuró a asegurar que la ta-

blilla podría ser sumeria. Owen antes de dar por cierta esa conjetura, le ordenó que tradujese lo escrito en la tablilla para tener más pistas del verdadero origen de lo encontrado. El Capitán era de la misma opinión que Dugobay. El casco era de características similares a los que empleaban hace más de cuatro mil años los guerreros sumerios. Para el Capitán, su apariencia y el metal empleado, el bronce, unido a sus grabados, eran suficiente como para asegurar que el casco era sumerio.

No obstante Owen quería asegurarse antes de levantar las campanas al vuelo. Aunque él en el fondo estaba convencido de que había hecho el hallazgo que llevaba soñando toda su vida.

El equipo había recopilado toda la información disponible. Toda esa información se basaba en descubrimientos arqueológicos de yacimientos en Irak, entre el Tigris y el Eufrates, en el Medio Oriente, en la antigua Mesopotamia, pero nunca en Europa.

El descubrimiento de la tablilla y el casco, de confirmarse que era sumerio, podría generar o aclarar dudas respecto a la primera cultura de la tierra. Monsieur Pastré y su inseparable Klaus, se personaron en el campamento al día siguiente de que Owen informara del descubrimiento. Pastré se encargó personalmente de las piezas. Visitó el yacimiento y animó al equipo a seguir trabajando. Por supuesto antes de abandonar el campamento, pidió discreción sobre los hallazgos.

El equipo se había tomado un descanso. La primavera en el Valle de Prahova era por lo general muy lluviosa y esta vez llegaba acompañada de un fuerte viento, lo que hacía casi imposible el cometido de los arqueólogos. Protegieron todo con lonas y se marcharon juntos a la cercana ciudad de Rasnov. No era habitual que el equipo al completo visitase la ciudad, excepto cuando las inclemencias del tiempo les impedían realizar su trabajo. Entonces aprovechaban y en la taberna de la pequeña población no escatimaban la tuica. Afortunadamente no tenían problema con el

idioma. Aunque entre ellos hablaban en inglés, para entenderse con los lugareños contaban con la ayuda de Dugobay, Dazhu y Andrei.

En la población de Rasnov estaban de celebraciones por su hallazgo. Aunque la fundación FSAC les exigía discreción, era inevitable que los integrantes del equipo comentaran sus descubrimientos con los lugareños de Brasov. Sobre todo por parte de Dogovay, que unas cuantas copas de tuica y desoyendo los consejos de la Fundación, alardeaba delante de la cantinera del hallazgo. El pakistaní, algo ebrio, le mostraba orgulloso a la camarera el reloj ruso que se había comprado unos días antes de incorporarse al trabajo. Ella lo miraba curiosa, sin encontrar ningún atractivo en el reloj. De la misma opinión eran los demás integrantes del equipo. A todos les parecía horroroso. Sin embargo, nadie se atrevía a decirselo.

Owen y Annette se encontraban en un rincón, celebrando su éxito sin prestar demasiada atención a los otros. La felicidad era palpable en todo el equipo y la transmitían a los clientes de la taberna, poco acostumbrados a exaltaciones con extranjeros. Andrei y Dazhu se sentían como en casa y los dos algo embriagados, se cogieron del hombro y se arrancaron con una típica canción rumana. Los improvisados espectadores les animaban coreando y dando palmas.

A muchos kilómetros de Rumania, un hombre de algo más de cincuenta años que se encontraba enfrascado en la lectura de unos manuscritos, rodeado de libros, recortes de periódico, fotografías, planos, mapas... dejó lo estaba haciendo y prestó atención a la televisión. En ese momento escuchó en el noticiario como en Rumania, un equipo de arqueólogos había descubierto indicios de que sumerios habían estado en esas tierras.

—La número doce está a punto de salir a la luz —exclamó.

Dejó lo que estaba haciendo, sacó de un bolsillo su teléfono móvil y marcó un número.

—Quisiera reservar un pasaje para Zurich, Suiza —dijo en cuanto le atendieron.

—¿A nombre de quién? —preguntó una voz femenina.

—Godfrey... Perdón, a nombre de Steve Lars.

El hombre era de baja estatura, cara de aspecto risueño, pelo ralo, barba blanca muy bien arreglada y estaba vestido con ropa de campaña. Preparó precipitadamente su equipaje. En la calle paró a un taxi para que lo trasladase al aeropuerto. Recogió su billete y subió en el avión con dirección a Suiza.

En el campamento del Valle de Prahova había dejado de llover. Los arqueólogos aún con una fuerte resaca, se dedicaron a retirar las cubiertas de lona y plástico que protegían el yacimiento de las inclemencias del tiempo. Después de las celebraciones del día anterior, con algo de desgana se dedicaron de lleno al trabajo.

Durante el día, el equipo se dedicaba al meticuloso trabajo de buscar algún indicio o algunas muestras de la supuesta antigua civilización que había vivido en el Valle hacía miles de años, pero por la noche los ánimos se relajaban. Después de las duras jornadas, cada uno se dedicaba a otras actividades más placenteras. Yves y el Capitán a la lectura. Dugobay a jugar al ajedrez contra el ordenador. Dazhu y Andrei a correr por el Valle y Owen y Annette, pasaban casi todo el tiempo de descanso juntos.

Owen se encontraba en su tienda de campaña ordenando unos papeles, cuando Annette entró. Tenía un aspecto impresionante, casi provocador. Llevaba puesto un short tejano que dejaba parte de sus glúteos al descubierto, un top que realzaban sus exuberantes pechos y en su cabeza un pañuelo de pirata. Ella era

consciente de que su ropa de trabajo alteraba a la mayoría de sus compañeros, sin embargo no le importaba lo más mínimo.

—¿Owen tienes un momento? —inquirió.

Él dejó lo que estaba haciendo para atenderla. No le dio tiempo a reaccionar. Ella se agarró a él y le besó apasionadamente.

—Annette tenemos trabajo... —exclamó apartándola.

—Ahora estamos en nuestro tiempo de descanso. La Fundación no puede impedir que disfrutemos.

Owen iba a decir algo, pero los labios de Annette se lo impidieron. Ella se sentó a horcajadas encima de él y siguió besándolo. Owen la cogió entre sus brazos y la llevó hasta el camastro de su tienda. Poco a poco fueron desprendiéndose de sus ropas para acabar en un éxtasis sexual. Apagaron la tenue luz de la tienda para que nadie desde fuera, advirtiera lo que allí estaba ocurriendo, hicieron el amor hasta que exhaustos se quedaron dormidos.

Al amanecer, después de tomar un ligero desayuno, Owen y Annette se incorporaron a su trabajo. En la falda de la montaña de los Cárpatos trabajaban en el pequeño yacimiento donde esperaban conseguir alguna pieza más que confirmase sus hipótesis. La tablilla de arcilla y el casco supuestamente sumerio, estaban siendo analizados en París. Ellos aún no sabían con certeza la importancia de lo que habían descubierto. Debían esperar los resultados de los expertos que someterían las piezas a un minucioso examen en los laboratorios de radiocarbono, termoluminiscencia, hidratación de obsidiana, dendrocronología u otras técnicas para determinar la autenticidad, la antigüedad y el origen de las piezas.

Owen se encontraba ensimismado en su trabajo, cuando Dugobay se acercó a él.

—Jefe. Tenemos una visita —dijo con su peculiar acento.

—Dugobay. ¡Cuántas veces tengo que decirte que no me llames jefe! ¿De quién se trata? ¿Es monsieur Pastré?

—¡No! No me ha dicho su nombre. Sólo que quiere hablar con el encargado de las excavaciones.

—¿Quién es?

—Nunca le había visto.

A Owen le intranquilizó. En las excavaciones no era habitual que recibieran visitas. Abandonó su trabajo y se dirigió hacia su tienda. Antes de llegar atisbó una destartada furgoneta, pero no vio a nadie en su interior. Supuso que el conductor le estaría esperando en el interior de la tienda de campaña. Al correr la cortina observó a un hombre de algo más de cincuenta años con pantalones de campaña, sombrero de safari, camisa blanca y tirantes negros, hurgando entre sus pertenencias.

—¡Ejem, ejem! No quisiera molestarle pero, ¿le importaría decirme quién es usted y qué está buscando en mis cosas?

El hombre se sobresaltó e intentó disimular.

—¿Es usted el arqueólogo jefe? —preguntó en castellano con un peculiar acento alemán.

—Efectivamente. Soy Owen Lizana —indicó mientras le ofrecía su mano.

El extraño le estrechó su mano.

—Soy... Godfrey Osthoff.

Owen le dedicó una mirada de incompreensión.

—¿Y qué se supone que estaba buscando entre mis cosas?

El hombre parecía nervioso. Se limpiaba el sudor de su nuca con un pañuelo.

—Usted está a punto de descubrir la número doce.

—Perdone pero no le comprendo.

—¿Tiene alguna foto de la tablilla y del casco?

—¿Cómo sabe usted lo de... ?

—Ahora lo sabe todo el mundo Herr Lizana. La noticia salió en los informativos.

—¡No es posible! Nadie de mi equipo ha podido contar nada.

—¿Entonces por qué sé yo lo de la tablilla y el casco?

Owen caminó unos pasos en la tienda. Meditaba sobre quién podría haber filtrado la noticia y las posibles consecuencias que esto traería. Monsieur Pastré insistía siempre en que debían de ser discretos. De lo contrario otras organizaciones, museos o universidades con más medios y dinero, les podrían retirar del yacimiento argumentando que investigaban en pos de la cultura. De ser así e intervenir otras organizaciones, podrían quitar de en medio a la FSAC por ser esta una fundación privada y no estar muy claros sus fines.

—¡Muy bien! No sé como ha salido la filtración, pero yo no puedo ayudarle —dijo Owen al cabo de unos segundos.

El hombre sudoroso soltó una pequeña carcajada.

—Creo Herr Lizana que no lo entiende. ¡Yo puedo ayudarle a usted!

—Sigo sin comprender qué pretende.

—Como le he dicho, mi ayuda puede ser de vital importancia.

Owen meditó un instante.

—¿De qué modo puede ayudarme y por qué?

—Porque su vida y la de los componentes de su equipo, pueden estar en peligro.

—¡Ya basta! Por favor debe abandonar el campamento. No sé quien es usted y no me importan sus historias.

—Herr Lizana escúcheme por favor antes de que sea demasiado tarde.

—No puedo dedicarle más tiempo. Tengo mucho trabajo.

—Está bien, como quiera...

Godfrey sacó un sobre de un bolsillo de la chaqueta que llevaba en la mano y lo dejó encima de la mesa entre otros muchos papeles y utensilios.

—Estaré por aquí cerca —dijo antes de abandonar la tienda.

Owen salió al exterior y observó como Godfrey se subía en la furgoneta y se alejaba unos trescientos metros del campamento. Allí se detuvo. Colocó una pequeña lona con unos mástiles, sacó una silla de la furgoneta y se sentó sin dejar de dirigir su mirada al campamento.

Annette se acercó a la tienda y contempló a Godfrey sentado a lo lejos.

—¿Quién es? —inquirió.

—No tengo ni idea. Creo que es un pobre loco. Lo encontré hurgando en mis cosas y me ha contado una historia de intrigas.

—¿Qué buscaba?

—Me dijo que la número doce.

—¿Qué quiso decir con eso?

—No lo sé. Dejó este sobre.

Annette lo cogió y sacó lo que había en su interior. Eran fotografías antiguas de tablillas sumerias, planos, un dibujo de un reloj con una flecha apuntando hacia cada hora, una fotografía de algo parecido a un ocho formado por dos serpientes y un dibujo de un medallón con un signo de varias líneas. A Annette le llamó la atención una foto de una tablilla con escritura cuneiforme, exactamente igual que la que ellos habían encontrado en el yacimiento. Owen también se percató de la similitud. Buscó en un cajón de su mesa y sacó algunas fotografías. Puso encima de la mesa la fotografía que estaba en el interior del sobre y la que mostraba la tablilla que su equipo había descubierto. Las dos eran iguales: de forma ovalada, dividida en rectángulos llenos de signos cuneiformes y en el último rectángulo el mismo signo que había en el dibujo del medallón. Un signo que Owen estaba convencido de haber visto antes

de encontrar la tablilla y de observarlo en uno de los dibujos de Godfrey. Sin embargo no recordaba dónde.

—¿Qué opinas? —le preguntó Annette.

—Que quizás ese tal Godfrey no esté tan loco. Pero no podemos fiarnos. No sabemos quién es o qué pretende.

—Pues pídele a tu amigo el policía que lo averigüe —sugirió Annette.

—¿A Pablo? Imposible.

—Piensas que porque esté casado con la mujer que amas no te hará el favor.

—No es por eso... Es que...

—Lo sé. Aún no le has felicitado por su matrimonio.

Owen salió de la tienda con el teléfono vía satélite en la mano dispuesto a realizar esa llamada. Sin embargo no dejaba de pensar en su amigo Pablo Bronchal y en su esposa Gisela. Ella en otro tiempo fue su novia y estaban dispuestos a compartir sus vidas. Gisela era periodista y trabajaba en una revista dedicada a la prensa rosa. Su campo de batalla eran los lugares frecuentados por el “famoso”. Cuando Owen viajó la primera vez a Egipto estuvo meses sin ponerse en contacto con ella. Gisela a pesar de todo le esperó. Sin embargo, sus planes no eran casarse con su novia de toda la vida y afincarse en Madrid en una monótona vida. Él estaba deseoso de aventuras. Eso unido a que su padre enfermó gravemente, le hizo tomar la decisión de abandonar Madrid para siempre. No acudió a su última cita con Gisela y regresó a Egipto. Después le ofrecieron trabajar en Rumania y ya llevaba casi dos años fuera de Madrid sin tener contacto con Gisela. En cambio con su antiguo amigo y compañero de partidas de mus, Pablo, sí mantuvo relación telefónica hasta que éste, seis meses antes, le comunicó su unión con Gisela. Pablo siempre había estado enamorado de ella y él lo sabía.

Owen en el fondo intentaba convencerse de que la unión de sus dos amigos era lo mejor para los dos. Ella no habría sido feliz a su lado. Sin embargo, al segundo siguiente se sentía malhumorado imaginándose a la mujer que aún amaba entre los brazos de Pablo.

Después de meditar unos minutos realizó la llamada. Llamó primero al número de teléfono móvil de su amigo. Éste estaba desconectado. Lo intentó con el número de su casa. La llamada la atendió Gisela.

—¿Diga?

Owen no esperaba escuchar su voz después de tanto tiempo. Por un momento estuvo tentado a cortar la comunicación.

—¿Diga? ¿Diga? —insistió Gisela.

—Gisela soy yo.

—¿Owen?... ¿Qué quieres? —repuso con voz poco amistosa.

—Quiero hablar con Pablo. Su teléfono móvil está desconectado.

—Él está aquí. Ahora te lo paso —dijo con tono frío.

Owen escuchó como Gisela reclamaba a Pablo.

—¿Gisela me oyes?

—Sí —respondió en tono seco.

—Me alegro de vuestra boda y os deseo que seáis felices.

Owen no supo si ella le había escuchado.

—¡Owen qué alegría! ¿Qué tal por Rumania?

—Muy bien. Siento no haberte llamado antes. Espero que no sea demasiado tarde para darte la enhorabuena.

—¡Gracias amigo!

—Bueno la verdad es que te llamaba para que me hicieras un favor.

—Owen ya sabes, lo que quieras.

—Tienes que buscar algún dato de un hombre que se llama Godfrey Osthoff. Te lo deletreo G-o-d-f-r-e-y O-s-t-h-o-f-f. Creo que es alemán.

—Muy bien haré lo que pueda. Llámame dentro de un par de días. Ya tendré algo.

—¿Qué tal está Gisela?

—Magnífica como siempre. Aún no entiendo como dejaste escapar a una mujer así.

—No estábamos hechos el uno para el otro.

—Bueno, ¿y cuando tendremos el placer de verte por Madrid?

—Ahora tengo mucho trabajo. Aquí tenemos que aprovechar los días que no llueve o hace viento. Pero espero viajar a Madrid en el próximo invierno.

—Owen he visitado a tu padre en un par de ocasiones. No creo que viva mucho.

—Lo sé. Todas las semanas llamo a la residencia. Pablo ese hombre es un vegetal. El alzheimer me robó al único familiar que tenía.

—Puede que cuando vuelvas él ya no viva.

—Ya te lo he dicho. Mi padre murió hace mucho tiempo.

—Bueno amigo, me alegro de tu llamada.

—Gracias Pablo. Te llamaré.

Owen cortó la comunicación sin despedirse de Gisela. Demasiados recuerdos surgían en su cabeza. Se arrepentía de haber llamado a Pablo. El escuchar de nuevo la voz de Gisela le había traído a su memoria lo egoísta que fue y se reprochaba lo mal que se portó con ella. Regresó a su tienda y buscó debajo de la cama su mochila. De su interior sacó una fotografía en la que estaba él entre dos personas; Pablo y Gisela. La colocó encima de la mesa y observándola perdió la noción del tiempo.

